

TRIDUO PASCUAL

Jueves Santo

- **Éx 12, 1-8. 11-14.** Prescripciones sobre la cena pascual.
- **Sal 115.** El cáliz que bendecimos es la comunión de la sangre de Cristo.
- **1 Cor 11, 23-26.** Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor.
- **Jn 13, 1-15.** Los amó hasta el extremo.

1. ¿Qué dice la Palabra?

La Liturgia del Jueves Santo nos ayuda a poner la mirada en los misterios que emanan de la última cena de Jesús: la Eucaristía —segunda lectura—, el sacerdocio —celebrado sobre todo en la misa crismal—, y la fraternidad con el mandamiento del amor, que se hace parábola en el gesto profético del lavatorio de los pies.

San Juan omite el relato de la institución de la Eucaristía —ya ha desarrollado el discurso del Pan de Vida— y, en cambio, nos presenta el lavatorio y el discurso de despedida de Jesús.

Es importante destacar que ha llegado la «hora de Jesús», precisamente en la fiesta de la Pascua, el gran memorial del éxodo del pueblo de Israel, la salida de la esclavitud de Egipto. Cada familia desarrollaba todo un ceremonial para recordar aquella hazaña tan importante en la historia. El sacrificio y comida del cordero, de hierbas amargas y pan sin fermentar, alternando con el recitado de salmos, constituía lo central de la cena conmemorativa.

Jesús quiere renovar y llevar a plenitud la acción liberadora de la Pascua antigua: Él mismo se entrega al sacrificio voluntariamente y por amor, como cordero inocente. Jesús emprende el éxodo definitivo, que concede la liberación de la esclavitud del pecado a todos aquellos que crean en Él.

Jesús lava los pies a sus discípulos, el que ha dado la libertad a su pueblo hace un gesto de esclavos: su vida es un servicio constante para el bien de los suyos, a quienes acoge, purifica y sirve.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

En el testamento que nos deja Jesús, la víspera de su pasión y muerte, que el cuarto evangelio nos describe, se van entrelazando sus gestos de servicio, respeto y amor: el lavatorio de los pies, el mandamiento del amor, la Eucaristía y el sacerdocio. Estas tres acciones constituyen el memorial vivo y permanente de Jesús para la Iglesia y para toda la humanidad.

El primero es la Eucaristía, nueva y eterna Pascua, Pan y vino en sus manos, memorial de su entrega por amor, ofrenda de su sacrificio y banquete de comunión.

Otro don es la institución del sacerdocio: encomendar a personas que en su nombre realicen y actualicen estos misterios, los sacerdotes. Aquella noche

Jesús “ordenó” sacerdotes a los apóstoles, los capacitó para hacer presente el misterio de su Pascua, liberación del pecado y donación de la vida. El sacerdote es un hombre eucarístico, al servicio del memorial y al servicio, como Jesús, del pueblo cristiano.

El tercer don es el mandamiento del amor. Tan nuevo que lo estrenó Jesús. Tan original que lo hizo típicamente suyo: «os doy un mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros. Como yo os he amado, así también amaos unos a los otros (Jn 13, 34).

Un amor que viene de la Eucaristía, que actualiza la entrega viva de Jesús por amor. Sin la Eucaristía no seríamos capaces de amar. Por la gracia de la entrega de Jesús, ya estamos capacitados para amarnos mutuamente.

3. ¿Qué le decimos a Dios?

ORACION POR LOS SACERDOTES

de la exhortación apostólica «Pastores dado vobis»

San Juan Pablo II

Oh María,

Madre de Jesucristo y Madre de los sacerdotes:
acepta este título con el que hoy te honramos
para exaltar tu maternidad
y contemplar contigo
el Sacerdocio de tu Hijo unigénito y de tus hijos,
oh Santa Madre de Dios.

Madre de Cristo,

que al Mesías Sacerdote diste un cuerpo de carne
por la unción del Espíritu Santo
para salvar a los pobres y contritos de corazón:
custodia en tu seno y en la Iglesia a los sacerdotes,
oh Madre del Salvador.

Madre de la fe,

que acompañaste al templo al Hijo del hombre,
en cumplimiento de las promesas
hechas a nuestros Padres:
presenta a Dios Padre, para su gloria,
a los sacerdotes de tu Hijo,
oh Arca de la Alianza.

Madre de la Iglesia,

que con los discípulos en el Cenáculo
implorabas el Espíritu
para el nuevo Pueblo y sus Pastores:
alcanza para el orden de los presbíteros
la plenitud de los dones,
oh Reina de los Apóstoles.

Madre de Jesucristo,
que estuviste con Él
al comienzo de su vida y de su misión,
lo buscaste como Maestro entre la muchedumbre,
lo acompañaste en la cruz,
exhausto por el sacrificio único y eterno,
y tuviste a tu lado a Juan, como hijo tuyo:
acoge desde el principio
a los llamados al sacerdocio,
protégelos en su formación
y acompaña a tus hijos
en su vida y en su ministerio,
oh Madre de los sacerdotes.
Amén.